Y aquellos dos hombres improvisaron un lecho con hojas secas y con toda la ropa de que pudieron disponer, y despues encendieron algunas varas secas para proporcionarse alguna luz, y algun calor para la enferma.

El vecino creyó conveniente que D. Pepe no se diera á conocer; de manera que solo él veló junto á Gualupita, quien al cabo de algun tiempo dió mas señales de vida, aunque ni remotamente de conocimiento.

En uno de estos intervalos fué cuando D. Pepe contó á su compañero la historia de sus amores.

CAPITULO V.

SE LEVANTA EL TELON.

COMO lo habian previsto los comentadores de la conducta y poridades de D. Pepe Garcia, la noche de la primera funcion de teatro, los primeros asientos estaban ocupados por todas las personas mas allegadas á D. Pepe.

Hácia un costado del corral se habia levantado una gradería de vigas, que era una periquera en que aparecian encaramados mas de cien espectadores. Como el pueblo era á la sazon visitado por paseantes de todo género, con motivo de las fiestas, habia en el patio sus elegantes armados de anteojos de teatro; multitud de charritos de las

haciendas y pueblos vecinos, ostentando lujosos sombreros bordados y finos jorongos; señoras en cuyos trajes podia la moda quitar un guarismo de veinte años; y finalmente, multitud de gente pobre completaba el cuadro de la concurrencia.

Una mala música, compuesta de guitarras, violin, flauta, arpas y trombones, tocaba algunos valses y lograba destrozar algunas oberturas.

El alumbrado era pésimo, pues se componia de candilejas sustentadas con manteca, y sobre piés derechos algunos hachones con palo de ocote.

Detras del telon del foro, existe un mundo de misterios que desde el niño hasta el octogenario procuran investigar.

El misterio: he aquí las cosquillas del pensamiento. Al misterio le debe mas el progreso humano de lo que le debe á la voluntad.

El misterio merece los honores del mitho, es casi una deidad, y el papel que hace en el mundo es mas importante de lo que parece.

El misterio es la careta de este carnaval perenne, en que los máscaras nos desconocemos unos á otros en fuerza de querer conocernos á nosotros mismos.

La liviandad cuando se cubre con esa careta se llama coquetería.

El amor la usa constantemente, y cuando se la quita se muere.

Thalia es la muger que en el carnaval del mundo ha sabido jugar mejor la careta.

ISOLINA.

Thalia tiene una tropa alegre que la divierte extraordinariamente, y la recluta, riéndose, en este valle de lágrimas.

La inspiracion de consagrarse al teatro, es una inspiracion que difiere de las demas en que es retozona; y la humanidad en su marcha solemne hácia su fin grandioso lleva á la andante comiquería colgada al cuello como una sarta de cascabeles.

Individualizando es otra cosa.

Hay actores que en su marcha solemne por el camino de la gloria, llevan al público colgado al cuello como un collar azteca compuesto de piedrecitas de poco valor.

Hay artistas nacionales, como el señor D. Gervasio Miguel Romero del Campo, que aurifican sus cartones y *pergaminizan* sus papeles, y hacen dentro y fuera de bastidores el mas campanilludo de los personajes contemporáneos.

A propósito de bastidores; he aquí una frase subversiva: *entre bastidores*.

¿Quien no se sonrie al oir decir *«entre bastidores?»* ¡Que *potpourri* de cositas no envuelve ese concepto! Decídsela á un viejo y os regalará una lágrima fria y un suspiro en octava baja; decídsela á un pollo y bailará en un pié; decídsela á una beata y se santiguará; decídsela á una dama jóven y hará un esfuerzo para no ponerse colorada.

Detras del telon está esa frase, y detras del telon está el misterio.

Los niños se impacientan porque se levante ese telon, sin mas razon que porque está corrido.

Los jóvenes, que han penetrado un poco mas el misterio, sienten la misma impaciencia que los niños; pero gozan con ella.

Los viejos, están acostumbrados á descorrer ellos mismos el telon y otras cosas, y su imaginacion se extasía en los pasillos oscuros, en los cuartos con las cortinas medio corridas y en otras particularidades.

Para todo el mundo tiene un telon el atractivo de una pausa. Es un deseo con esta taxativa: *todavía no.*

El amor no podria existir sin telon ni á telon corrido.

Todo deseo, todo ahinco y toda perseverancia, tiende á esto: á levantar el telon.

Los actores á su vez no viven sino para levantar el telon.

Al señor D. Gervasio Miguel Romero del Campo le hemos oido decir con motivo de los crecidos gastos de una funcion extraordinaria:

—Esta noche me cuesta ochocientos pesos levantar el telon.

La historia de todos los *fiascos* y de todos los triunfos, enpieza de este modo: se levantó el telon.

Del autor de este libro se puede decir que no pretende otra cosa, en materia de teatro, que levantar el telon.

Y ya esta digresion va siendo demasiado larga.

Pues, señor, se levantó el telon.

Como la compañía iba á estar allí muy pocos dias, el director dispuso hacer seis comedias fáciles, piezas del

dia y *no de trajes,* como decian los cómicos; de manera que no hubiera mas que sacar de la carga las pelucas y los *trajes de paisano:* así es que D. Gervasio dispuso que se dieran "La cosecha, "La cruz del matrimonio, "Lo positivo, "Los hijos de Adan" y algunas piezas en un acto.

En consideracion á lo mucho que tendremos que decir mas adelante de nuestra querida compañía dramática, omitimos la crónica teatral de la primera funcion, que se componia de *La Cosecha* y de la pieza titulada *Una noche toledana.*

En el primer entreacto entraron al foro con D. Pepe García, el señor prefecto, el juez, un escribiente que hacia versos, el administrador de rentas y un señor de San Luis.

Don Gervasio habia ya corrido la cortina de su improvisado cuarto de vestir, en el que habia cuidado de poner un espejo grande y dos velas de estearina, una cortina á guisa de carpeta y algunas sillas.

—Caballeros, pasen ustedes, dijo á los visitantes; está esto muy incómodo, pero tomen ustedes asiento.

—Gracias, dijo D. Pepe; presento á usted, señor director, al señor prefecto.

El prefecto dió la mano á D. Gervasio y estudió un saludo, al traves del cual el cómico no perdiera de vista á la primera autoridad.

—El señor juez letrado..... el señor administrador de rentas.

—Servidor de ustedes, dijo D. Gervasio; mucho me alegro.....

—Nosotros tenemos el honor, dijo el administrador, de ponernos á las órdenes de usted.

—Gervasio Miguel Romero del Campo, á la disposicion de ustedes.

—El jóven poeta Jesus R. Fuentes, dijo D. Pepe.

—¡Ah! ¡ah! muy bien, cuanto lo celebro! contestó D. Gervasio, ¿con que es usted poeta?

—Sí señor, dijo Fuentes poniéndose colorado; quiere decir, aficionado.

—No, nada de eso, dijo D. Pepe, ha escrito una comedia.

—¡Hola! amiguito, pues esas son palabras mayores; ¿y que tal, es de costumbres?

—Le diré á usted, es una cosa muy original.

—¡Ah!

—Todo ello es un sueño.

—¡Oh!

—Un sueño fantástico.

—Muy bien, muy bien, ¿con que un sueño fantástico?

—Sí, sí señor, yo creo que es de mucho efecto, figúrese usted que hay necesidad de luz de Bengala en el segundo acto.

—¡Ah! muy bueno.

—Yo creo que le habia de gustar á usted. Si usted tuviera la bondad de leerla.....

—Con mucho gusto.

—No que luego..... ya sabe usted lo que sucede.

—¡Ah! pues por mi parte nada tema usted, caballerito. Yo soy un artista nacional y amo las glorias de mi país, á los hijos del país sobre todo, señor. ¿Por qué nos ha de venir todo del extrangero?

—Tiene usted razon, dijo el prefecto, ese espíritu de extrangerismo es el que nos pierde.

—¡Oh! sí, señor prefecto.

—Y su señora de usted? preguntó D. Pepe.

—Creo que se está vistiendo.—Madre—continuó tocando con el dedo las tablas que dividian su cuarto del de la primera dama: los señores quieren saludarte.

—No la moleste usted, dijo el administrador de rentas; tal vez estará ocupada.

—¡Ah! pero como habia de dejar de saludar á ustedes! —María, sal, que viene á saludarte la primera autoridad y el señor juez de letras y otros caballeros.

María se presentó.

D. Gervasio hizo la presentacion: todos se pusieron en pié y todos ofrecieron asiento á la dama.

En seguida todos devoraron á la dama con sus miradas.

A una primera dama siempre se le devora con la mirada.

Los pillos por si acaso.

Los pollos por parecer hombres de mundo, y los viejos porque así lo sienten.

Todos encontraron muy de su gusto á la primera dama.

El prefecto pensó en promover otras seis funciones.

El poeta en hacerle á María unos versos feroces.

Y D. Pepe, en darle un dia de campo.

D. Pepe dió en el clavo y los demas en la herradura.

—Qué le parece á usted el pueblo?

—Es muy bonito y muy fértil, por lo que he visto, dijo María con una voz que pareció muy dulce á las visitas.

Aquello que acababa de hablar María les cayó en gracia, porque no estaba en su papel.

Uno de los atractivos que tiene una actriz para el que la trata familiarmente y por la primera vez es este: individualizarse.

Cuando la entidad dramática se convierte para nosotros en la amiga, nos creemos doblemente agraciados.

Los que rodeaban á María recogian sus palabras con cierto arrobamiento, le dirijian la palabra esperando ávidamente su respuesta y preparando una sonrisa.

Apelo á las mismas actrices y que me digan si no recojen á sonrisa por palabra.

Hay un atractivo peculiar de la actriz y solo de la actriz, vedado á las demas mugeres.

En la muger, ser actriz es tocar el refinamiento de la vanidad.

Una muger puede atesorar todos los atractivos imaginables; pero ninguno de ellos es parecido al de la aureola de la actriz.

Los hombres se le acercan siempre al traves de una atmósfera distinta de la que rodea á las demas mugeres.

Hasta los calaveras estudian su entrada, y los tímidos dejan traslucir todas sus impresiones.

—Pues lo hace usted muy bien, dijo D. Pepe.

—Favor que ustedes me hacen, contestó María bajando sus hermosos ojos.

Aquí entró el prefecto.

—No, señorita, efectivamente lo hace usted muy bien.

—Por lo menos, dijo el administrador de rentas, nunca habiamos visto en Santa María del Rio una actriz del mérito de usted, señorita.

—Indudablemente, agregó el señor de San Luis.

Hubo una pausa.

Aquí entró el poeta.

—Señorita, yo solo le diré á usted que..... que me permitirá usted decirle mis impresiones en verso; voy á dedicarle á usted una composicion.

—Tendré mucho gusto.

El poeta saboreó esta frase como una pastilla de orozus y pensó:—creo que ha comprendido mis miradas; como soy poeta, estoy mas cerca de ella; nosotros los poetas comprendemos á las actrices y ellas nos aman.

De ilusion en ilusion el poeta creia haber hecho una conquista.

—*Tendré mucho gusto*, repetia el poeta, y esto me lo dijo viéndome de un modo... como que tiene unos ojos...

Y luego dirijiéndose á María exclamó:

—¡Qué lástima que vengan ustedes por tan pocos dias!

—Que quiere usted, es preciso!

María clavó sus ojos en el poeta con cierta tristeza, que muy bien pudo haber sido sueño ó fastidio, pero el escribiente que de mirada en mirada subia al cielo, estaba muy lejos de pensar así, y aquella mirada iba cuando menos á desvelarlo toda la noche.

Ya era preciso *levantar el telon.*

Los nuevos amigos de la actriz se despidieron, ofreciendo su casa y sus servicios.

El escribiente se puso frio al pensar en que, como los demas, iba á darle la mano á aquella divinidad; y mientras los demas se despedian, el escribiente se limpiaba el sudor de la palma de su mano derecha contra los pantalones.

Le llegó su turno, y apretando la mano de María lo mas que pudo, le dijo al oido:

—¡Es usted divina!

El escribiente soltó esta frase zumbándole los oidos, temblándole la voz y asustándose de su propio atrevimiento.

Y desapareció.

A poco rato se colocó en su asiento: no entendió el segundo acto de la comedia, y cada vez que salia María á la escena, al escribiente le parecia que estaba diciendo: «*Tendré mucho gusto. Tendré mucho gusto*» ó bien «*que quiere usted, es preciso! que quiere usted, es preciso!*»

Estas eran las únicas palabras que vibraban como la repercusion de un repique en sus oidos.

Desde su asiento clavaba en María su mirada; hubiera querido tener dos cerillos en los ojos, para llamar la atencion de María, y se sentia contrariado de que María no se fijase en él. Se acordó de haber oido decir algo del magnetismo, pensaba que hay una corriente magnética, un fluido que se comunica con los ojos, y que sintiendo el escribiente lo que sentia, su mirada debia estar impregnada de ese fluido y que María debia sentirlo como un dardo; pero nada, María representaba su papel como si tal escribiente hubiera en el mundo.

Apenas cayó el telon, el escribiente se levantó de su asiento y entró al foro.

El cuarto estaba cerrado y el escribiente devoraba la puerta con sus miradas; pero allí menos que desde su asiento obraria el soñado magnetismo. Los momentos le parecian siglos al pobre de Fuentes, hasta que por fin le fué preciso abandonar el foro y volverse á su asiento sin haber logrado hacerse ver de María.

—Pero mañana, decia, mañana me desquito; la voy á visitar, al fin ya nos ofreció su casa y luego en el dia de campo que va á dar D. Pepe á la compañía..... ya tendré tiempo. Entretanto esta noche escribo mis versos y mañana los copio en limpio y se los llevo.

Tambien el prefecto hizo aquella noche castillos en el aire: el administrador de rentas tuvo una conversacion muy edificante con el juez, sobre lo peligrosas que son las mugeres de teatro, y convinieron en que María era muger de muchos atractivos.

En cuanto á D. Pepe, no sabemos si haria castillos en

el aire, pero sí consta en la leyenda que mandó prepara una barbacoa de cabritos y sentenció á muerte á algunos guajolotes; procedimiento mas en armonía con las miserias humanas que todos los versos del escribiente y todos los castillos en el aire de la primera autoridad del pueblo.

Se nos olvidaba decir que aquella noche no se exhibió la bailarina, pues D. Gervasio el director, que era hombre que lo entendia, guardaba *este efecto* para las noches subsecuentes en que *la casa* (el teatro) *pidiera* algo mas *llamativo* para *tener mas gente.*

El escribiente lo hizo como lo dijo. Procuró á todo costa estar solo: síntoma alarmante. Cuando se empieza á querer á una muger, el interesado habla primero á la soledad.

El amor que acaba por esto: *estar juntos,* empieza con esta otra idea opuesta: *estar solo.*

El escribiente estuvo solo.

En primer lugar suspiró y en seguida tomó pluma y papel, se alborotó la cabellera y llamó á la inspiracion.

Estos son los primeros dolores de todos los partos.

Todos los poetas procuran parir solos; despues es cuando dan á luz.

El escribiente hacia esfuerzos inauditos y le sucedia lo que les ha sucedido á muchos grandes hombres.

No estaba para el paso.

Tachó diez veces la primera palabra, la escribia de nuevo y de nuevo le parecia estúpida unas veces, fria otras y las mas aquella palabra se quedaba sola, sin poder ligarla con otras.

Por fin escribió:

«*Salve, artista á quien amo tanto.*

Esto era verdad, pero no era verso.

—Lo de *salve, artista,* está bueno, decia el escribiente; pero lo demas me disuena.

Dejemos al poeta luchando con las mil dificultades que lo atormentaban, y volvamos á visitar á nuestra desgraciada prisionera.